

## EL SUEÑO ES VIDA

(Discurso del Dr. Eduardo Lolo al recibir la Medalla de Plata otorgada a intelectuales extranjeros por la Société Acad mique d'Education et d'Encouragement, de Francia, en acto público celebrado en el Auditorium del Hudson County Community College, en West New York [New Jersey] el 24 de septiembre de 2004.)

Dr. Peter Bloch, delegado en los EE.UU. de la Société Acad mique d'Education et d'Encouragement de Francia.

Dr. Elio Alba-Buffill, Secretario Ejecutivo Nacional del Círculo de Cultura Panamericano.

Dr. Julio Fernández León y demás autoridades del Hudson County Community College.

Miembros de la Mesa Directiva.

Amigas y amigos todos que me honran con sus presencias.

Ante todo quiero expresar mi más profundo agradecimiento a Alberto Yannuzzi y Peter Bloch, quienes hicieron posible, presentando de manera tan efectiva mi candidatura, que la prestigiosa Société Acad mique d'Education et d'Encouragement de Francia me haya concedido este honroso galardón. Vaya también mi agradecimiento a Elio Alba Buffil, por su generosa adhesión a nombre del Círculo de Cultura Panamericano, y a Julio Fernández León y la administración del Hudson County Community College por haber brindado solidarios sus locales para esta actividad. No menos profundo es mi agradecimiento a los organizadores de este acto y en particular a su coordinadora, Onilda Jiménez. Una segunda mención de agradecimiento debo a Alberto Yannuzzi, cuyo trabajo sobre mi obra (que acaba de leer) tiene para mí más importancia por quién lo hizo que por quién se hizo. Todos ellos son muy queridos y admirados colegas, de manera que tal que sus esfuerzos y ocupaciones como que aumentan el valor de la distinción recibida. Y por supuesto que quiero agradecerles a todos Uds. que hayan venido a compartir conmigo estos momentos tan importantes para mí y mi familia.

Homenajes y galardones no hacen una vida útil o significativa; ello es algo que queda reservado al actuar de cada día, al esfuerzo y la dedicación por convertir sueños sublimes en acciones cotidianas. Pero no hay duda que cuando son concebidos y concedidos con profesionalismo y alto sentido de la justicia, de alguna forma sirven para dejar constancia de la materialización de algunos de esos sueños, compartidos por quienes deciden y hacen posible tales homenajes y galardones. La medalla que hoy recibo con orgullo –y a pesar de la información que aparece en el programa– no es originalmente de plata, sino de nube. El metal con que la confeccionaron no es más que un subterfugio para ocultar la imposibilidad de solidificar una nube; que es decir, un sueño: el sueño de hacer mi paso por mi cuota de tiempo digno de quienes me soñaron en primer lugar y me dieron vida y formación; digno de mi familia, sin la cual no habría podido soñar realidades; digno de los amigos que me han acompañado a través de decenios o minutos, con la mano siempre extendida para ayudarme a erguirme a cada trasp s de historia; digno de quienes, una vez perdida mi nube en lontananza, encuentren en mis huellas la justa dimensión de sus propias pisadas. Y continúen el sueño.

Ahora bien,  en qué consiste ese sueño? En primer lugar, mi interés por la recuperación de José Martí de manos de quienes han falsificado su legado, que no es más que una faceta de mi necesidad de recobrar una Cuba perdida en todos sus aspectos, excepto la esperanza. Como ya he explicado en reiteradas ocasiones, mi interés por Martí se remonta a mi niñez en la Cuba pre-

castrista. Tuve la suerte de contar con maestros y familiares muy martianos, imbuidos del espíritu que se vivió en Cuba en el entorno del Centenario del Nacimiento de Martí en 1953. Gracias a ellos, los escritos martianos estuvieron entre mis primeras lecturas; a lo cual atribuyo, en parte, mi dedicación a la lectura, la escritura y la pedagogía. Luego, con el colapso total de la república por la instauración de una dictadura totalitaria, la deformación oficial del pensamiento martiano me horrorizó por las consecuencias que empezó a mostrar en las generaciones siguientes a la mía: un marcado rechazo a Martí por su forzada asociación con la dictadura de Fidel Castro. Comprendí entonces que algo teníamos que hacer al respecto quienes habíamos tenido la oportunidad de estudiar a Martí con antelación o al margen de la poderosa maquinaria propagandística del gobierno comunista cubano. Mi ubicación en la ciudad de Nueva York a mediados de la década del ochenta me acercó más a Martí. Él había vivido en esa ciudad los últimos 15 años de su vida, que fueron los más importantes de su existencia desde el punto de vista histórico y literario. Pude entonces respirar parte de la atmósfera que lo rodeó en Nueva York: el cosmopolitismo, el frenético ritmo de vida, lugares que se mantienen intactos en la ciudad; en fin, caminar por sus huellas. Por coincidencia o predestinación, vivían a la sazón en Nueva York destacados intelectuales que me habían precedido en el intento de recuperación martiana; entre ellos José Olivio Jiménez, Rosario Rexach y Carlos Ripoll, quienes se convirtieron en mis mentores en el campo de los estudios martianos. Es más, los dos últimos me hicieron el alto honor de invitarme a colaborar en algunos de sus proyectos. Así, pues, mi interés en la obra martiana tiene un muy lejano génesis y sus resultados no son más que parte del intento de los cubanos demócratas por recuperar a Martí para disfrute y formación de las próximas generaciones de cubanos que habrán de tener la tarea histórica de la reconstrucción de Cuba.

Pero mi sueño va mucho más allá de ese hurgar en la obra martiana, aunque el resto está íntimamente asociado a sus enseñanzas. No me canso de explicar que personalmente, tanto como escritor como profesor, siempre he tratado de superar los requerimientos de cada curso y el tema central de cada libro. Yo veo el estudio o la enseñanza de una lengua o cultura extranjera como un sólido y amistoso puente entre civilizaciones; de ahí su importancia en los tiempos que vivimos. Dominar un segundo idioma o cultura nos ayuda a comprender que ningún ser humano es mejor que otro en base a su raza, sexo, religión, condición financiera, o idiosincrasia; que el amor y el odio tienen los mismos resultados en todas partes, independientemente de la lengua o cultura en que se expresen. Que lo que hace mejores a unas personas con relación a otras son los valores cívicos, éticos y humanos que sean capaces de desarrollar en su relación con los demás. Si mis estudiantes y mis lectores, además de los conocimientos culturales de mis clases y mis libros, logran comprender y asimilar esa verdad innegable y, consecuentemente, trabajar por un mundo mejor, consideraría cumplida mi labor como intelectual y profesor. Que es algo más que ser maestro: es profesar a través del intelecto y el ejemplo. En este caso profesar, tanto mediante mis libros como mis clases, los valores que nos pudieran permitir la construcción de un futuro superior al presente que nos ha tocado vivir. Ése es mi proyecto ya en proceso, para la literatura, para el aula y la vida misma.

Claro que yo no habría podido pretender y mucho menos intentar todo lo anterior sin haber tenido la oportunidad de desarrollar a cabalidad mi vocación humanística. Ha sido fundamental en ese desarrollo el grado de libertad en que pueden moverse alumnos y profesores a la par en este gran país que me ha acogido solidario. Como muchos de Uds. saben, siendo estudiante yo fui expulsado de la universidad en la Cuba castrista por motivos políticos. Sin embargo, en los EE.UU. he estudiado tres carreras universitarias y he trabajado como pedagogo en varias universidades sin que nadie me haya preguntado nada acerca de mis preferencias

ideológicas, o religiosas, o sexuales, o de ninguna índole, para permitirme ingresar como alumno en un centro de estudios superiores, darme una plaza de profesor universitario, o concederme promociones categóricas. Lo único que se ha tenido siempre en cuenta ha sido mi historial académico y mi calidad y actitud profesional. Ello no es más que una muestra mínima de lo que brinda a los ciudadanos la democracia; ese manantial que corre libre y espontáneamente en esta nación, y de cuyas aguas anda tan sediento el mundo – y muy en particular mi sufrida patria de origen.

Pero, incluso en tales condiciones me habría sido imposible asir algunos de mis sueños sin la ayuda, comprensión y amor de mis familiares y amigos. Comenzando por la maga Circe quien, a diferencia de su antecesora homérica, no convierte hombres en cerdos, sino sombras en destellos. Eternas serían para mí todas mis noches si no fuera por la aurora de su mirada. Pesadillas serían mis sueños al despertar si no fuese por el amanecer de su sonrisa. Para ella necesitaría yo otra medalla; mas es el caso que ella, de por sí, es medalla misma, y la más permanente de todas las que he recibido, por cuanto no la llevo sobre el pecho, sino bien adentro del mismo. Y ni qué decir del resto de mis familiares y mis amigos. Todos me han visto avanzar, caer, levantarme, adelantar un poco, desfallecer de nuevo, recuperarme una vez más. Y nunca he andado huérfano de una mano tendida que me ayudara a erguirme y seguir soñando. Sueño, luego existo; hasta que la nube se convierta en monte o la montaña en nube. Y siempre con la compañía activa, amor en ristre, de mis familiares y amigos.

Esta medalla que hoy recibo merece, por tanto, estar sobre muchos pechos: los de mis mayores, mis maestros de infancia, mi familia, mis profesores en los EE.UU., mis amigos pasados y presentes. El mío no es más que una síntesis o representación de todos esos pechos, muchos de ellos ya ausentes excepto en lo más profundo del mío propio. Ciertamente que el galardón que hoy recibo orgulloso y agradecido tiene carácter particular, pero lo que más lo caracteriza –al menos en mi caso– es su espíritu colectivo.

Es harto conocida la máxima de Calderón de la Barca de que “la vida es sueño.” No pretendo polemizar con el gran dramaturgo. Pero cuando se vive intensamente una vida dirigida hacia la luz, bien creo que pudiera invertirse el orden. Los libros publicados, los premios recibidos, las distinciones previamente obtenidas y la gestión educativa que sirvieran de méritos para el otorgamiento de esta medalla y diploma, lo posibilitan. Así, pues, bienvenidos todos a mis nubes; porque, al menos para mí, la vida no es sueño: antes bien, el sueño es vida. Muchas gracias.

Eduardo Lolo